



Nueva Margot

MENSAJE

(31 de Agosto de 1903)

Al hogar venturoso de María,
hoy otro ángel de paz ha descendido,
y honrando tu memoria han convenido
en que lleve tu nombre, Margot mía.

Ya vuelve á resonar desde este día,
cual música celeste en nuestro oído,
esa palabra de recuerdos nido,
nota al par de tristeza y alegría.

Yo, al ver aparecer en este suelo,
valle en verdad de llanto y amargura,
á la nueva Margot, tan sólo anhelo
que Dios le dé, colmando mi ventura,
las joyas que te ha dado, ¡oh flor del cielo!,
tu humildad, tu talento y tu alma pura.



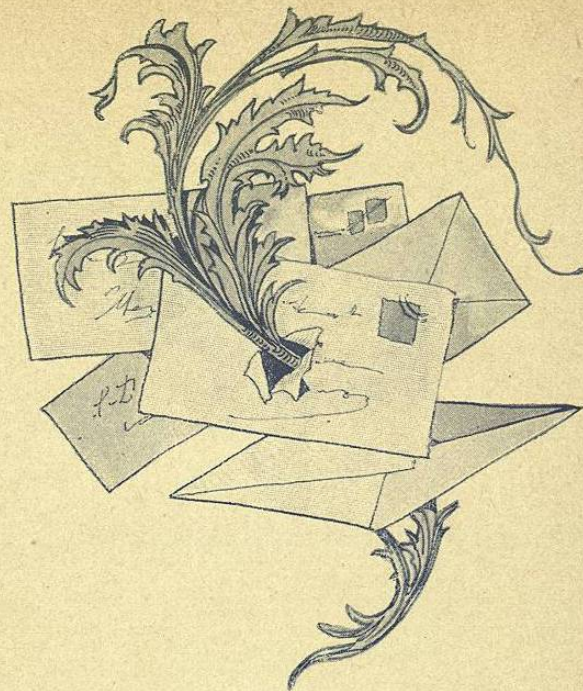
Airam

CANCIÓN ORIENTAL DEL INSPIRADO MAESTRO
ERNESTO ELORDUY

Repite esa canción... Sí; canta, canta.
Tu voz en mi alma con amor retaña;
esa hermosa canción para mí es santa;
¡la cantaba Margot cuando era niña!

Es un eco tiernísimo que brota
del fondo de una azul adolescencia,
trayendo en cada verso, en cada nota,
gracia infantil y aromas de inocencia.

Repítela otra vez y así mitiga
este dolor en que la calma pierdo...
¡Recordar es vivir! ¡Dios te bendiga!
¡Qué bálsamo tan dulce es el recuerdo!



Sin noticias

¡Cómo engaña á los ojos el deseo!
Noche por noche en encontrar me afano
sello francés y letra de tu mano
en cada carta que me da el correo.

Con febril ansiedad los sobres veo;
un timbre es alemán, otro italiano;
éste, español; aquél, americano;
¡ninguna tuya entre mis cartas veo!

¡Cuán afligido rompo cada nena!
¡Cinco meses van ya!, ¡suerte inhumana!
¿Enfermedad ó muerte? ¡Qué dilema!

Y huye y torna la luz á mi ventana,
y me halla como al loco del poema
diciendo siempre: «Escribirá mañana.»



Sacré Cœur

Guardo con devoción en un sagrario
que esconde las reliquias de mi vida,
el blanco escapulario
donde la fecha está de tu partida.

En él, como blasón de tus amores,
brilla el Sagrado Corazón de Cristo,
al que das desde niña, yo lo he visto,
tus lágrimas, tus preces y tus flores.

Y que será el amparo
de tus horas, mi púdica doncella;
en el mar de tu vida único faro,
en el cielo de tu alma única estrella.

Y siempre que lo miro
hay en mi faz sonrojos,
y me quema los labios un suspiro
y me nubla una lágrima los ojos.

Y conmigo estará constantemente,
porque al mirarlo á solas así arguyo:
«En este corazón, mi amada ausente,
llevo invisible y palpitante el tuyo.»





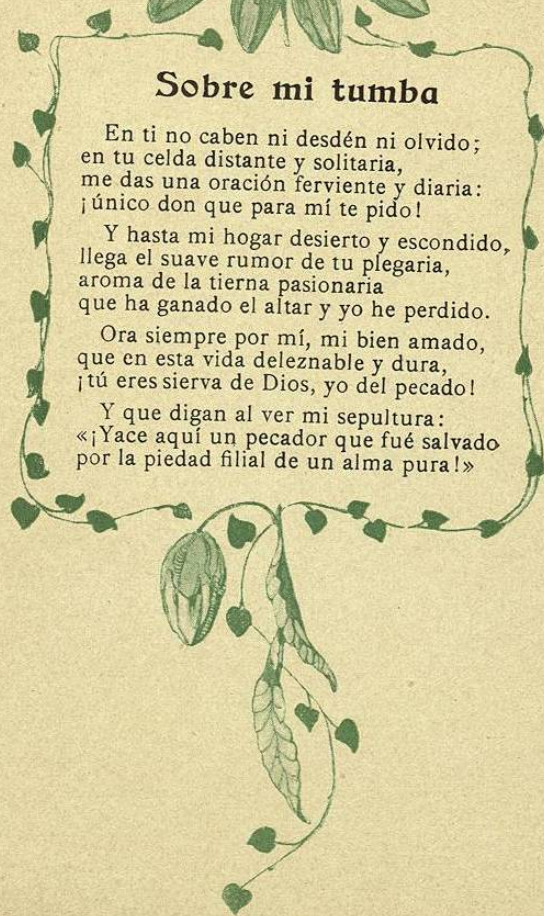
Sobre mi tumba

En ti no caben ni desdén ni olvido;
en tu celda distante y solitaria,
me das una oración ferviente y diaria:
¡único don que para mí te pido!

Y hasta mi hogar desierto y escondido,
llega el suave rumor de tu plegaria,
aroma de la tierna pasionaria
que ha ganado el altar y yo he perdido.

Ora siempre por mí, mi bien amado,
que en esta vida deleznable y dura,
¡tú eres sierva de Dios, yo del pecado!

Y que digan al ver mi sepultura:
«¡Yace aquí un pecador que fué salvado
por la piedad filial de un alma pura!»





Bebé

Aquel lindo bebé de labios rojos,
de rizada y profusa cabellera,
de grandes, negros y expresivos ojos
que fué el encanto de tu edad primera;

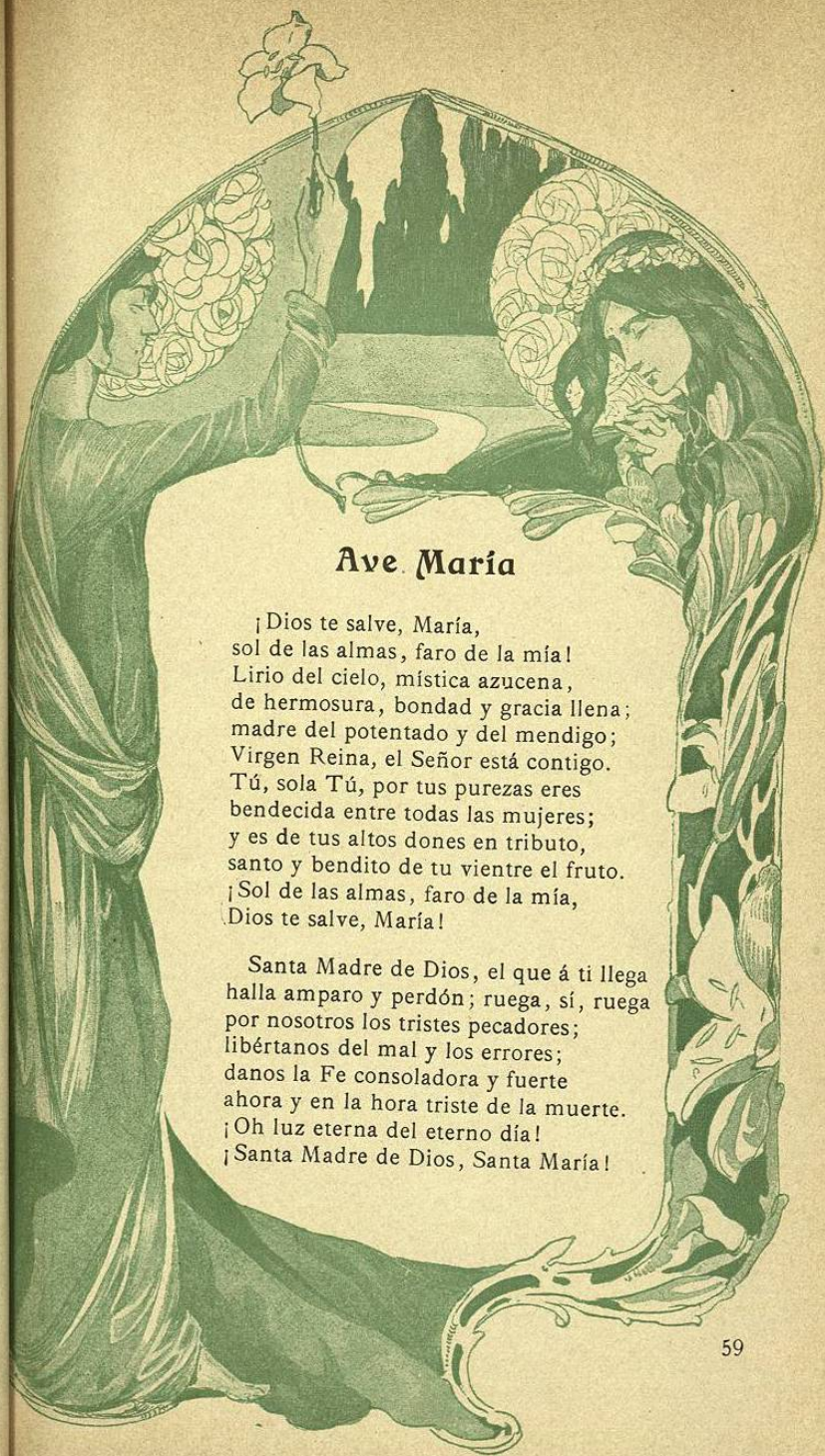
Aun vive junto á mí, guardando ilesos
como en aquellos tiempos sus primores,
con el aroma casto de tus besos
y el matiz virginal de tus amores.

Emblema de tus sueños en capullo,
fué la ilusión de tu primer mañana;
¡qué ternezas dijiste en cada arrullo
á este mudo *bebé* de porcelana!

Me parece en las noches que me mira
con la expresión tristísima y doliente
del niño abandonado que suspira
por las caricias de la madre ausente.

Y que, con voz por triste misteriosa,
pregunta al fin en ademán resuelto:
«¿La Margarita que me amó es dichosa?
¿Me habrá olvidado ya, por qué no ha vuelto?»

¡Ya no has de verla nunca!, le respondo;
¡no volverá jamás!... Luego lo miro,
y siento que del alma en lo más hondo
brota y quema mis labios un suspiro.



Ave María

¡Dios te salve, María,
sol de las almas, faro de la mía!
Lirio del cielo, mística azucena,
de hermosura, bondad y gracia llena;
madre del potentado y del mendigo;
Virgen Reina, el Señor está contigo.
Tú, sola Tú, por tus purezas eres
benedicida entre todas las mujeres;
y es de tus altos dones en tributo,
santo y bendito de tu vientre el fruto.
¡Sol de las almas, faro de la mía,
Dios te salve, María!

Santa Madre de Dios, el que á ti llega
halla amparo y perdón; ruega, sí, ruega
por nosotros los tristes pecadores;
libértanos del mal y los errores;
danos la Fe consoladora y fuerte
ahora y en la hora triste de la muerte.
¡Oh luz eterna del eterno día!
¡Santa Madre de Dios, Santa María!



Diciembre

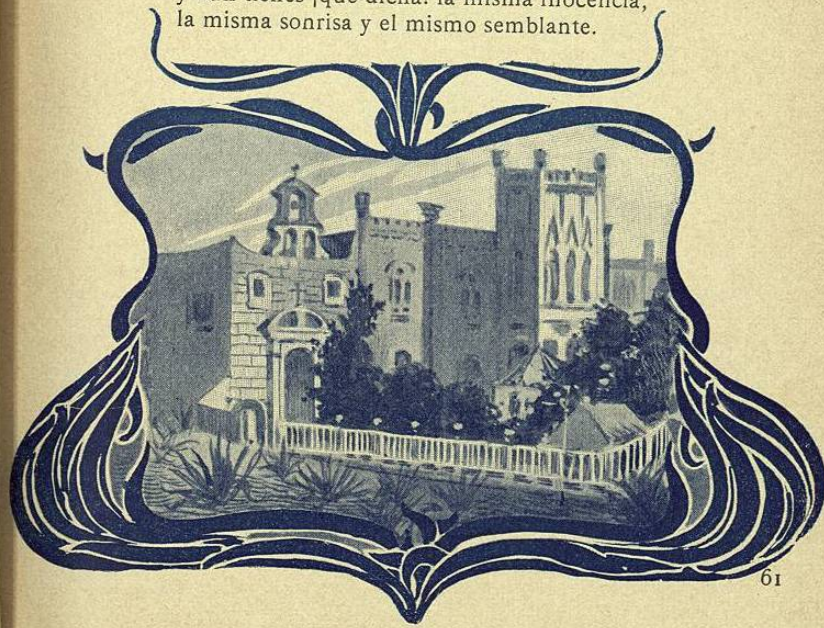
¡Diciembre! ¿te acuerdas, el mes del contento!
¡qué hogar tan tranquilo!, ¡qué santos amores!
¡Aquellas *posadas* y aquel *nacimiento*;
la *hacienda*, la casa, los buenos pastores!

Aun eras muy niña y yo no tenía
ni miedo al invierno, ni arrugas, ni canas;
¡qué alegres tus juegos con Juan y María!
¡qué hermosos domingos, qué lindas mañanas!

Del tren para veros saltaba de prisa;
formabais vosotros mis tres embelesos;
al verte alumbraba mi faz tu sonrisa:
¡qué castos, qué dulces, qué puros tus besos!

Después por el campo corriendo sin tino,
sin miedo á *nopales* ni horror á *magüeyes*,
¡qué verdes las milpas, qué alegre el camino!
¡qué claros y frescos los hondos *jagüeyes*!

¿Te acuerdas? ¡Qué breve pasó tu existencia!
Cada año de aquellos parece un instante,
y aun tienes ¡qué dicha! la misma inocencia,
la misma sonrisa y el mismo semblante.





Una lágrima

A CARMEN FORTUÑO Y MIRAMÓN

Quando paso junto á ti,
una lágrima bendita
me habla del bien que perdí:
¡de mi tierna Margarita,
que vive lejos de mí!

Ella con jovial acento
me habló de tu rectitud,
tu discreción, tu talento,
tu gracia, tu sentimiento,
tu ternura y tu virtud.

Mi Margot en ti veía
joya, blasón y decoro
del colegio en que vivía,
y «esta Carmen, me decía,
vale en verdad un tesoro.»

Y te conocí por ella,
que no otorga lauro y palma
á virtud que no descuella,
y me hizo ver que eres bella
por el rostro y por el alma.

¿Cómo no te he de admirar,
azucena inmaculada
que incensas tu dulce hogar?
¡Nunca nublen tu mirada
las lágrimas del pesar!

¡Oh flor de esencia exquisita!
Con mis versos queda aquí
esa lágrima bendita
que me habla de Margarita
cuando paso junto á ti...



Sueños de un padre

¡Cuántas veces deliro
con este irrealizable pensamiento:
cruzar el mar en alas de un suspiro
y llegar al cancel de tu convento!

Allí, ocultando mi amorosa cuita,
decir á la tornera:
— Avisad á la hermana Margarita
que está aquí un mexicano que la espera.

Y que sales al fin; me reconoces,
y te beso y me besas y me miras...
¡Ah! ¡Cuán bello es soñar con esos goces
que son al despertar dulces mentiras!

